



Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y á ra. portres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRÓNICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y 10 rs. portretmes para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMENARIO POPULAR ECONOMICO.

EL ASNO MUERTO

Y LA MUJER GUALAOPINADA.

(Continuacion.)

CAPITULO XX.

Sentencia.

Condenado á la pena de muerte.
(CÓDIGO PENAL, ART. 304.)

En la plaza de Greva, do justicia es cumplida,
Será decapitada.
Sobre el cadalso á tal objeto alzado
En la forma debida.

(LA MARISCALA DE ANCRE, acto V. tradue lib.)

Tanto mayor era mi gozo, cuanto que desde aquel dia Enriqueta era mia, mia, hasta que perteneciese al verdugo. De todos los que la habian adorado no le quedaba ninguno sino yo.

Su crimen estaba probado, y ella lo confesaba: un momento de venganza la habia perdido. Al ver la causa primera de sus escesos, á aquel que la habia arrebatado del campo, al que la habia abandonado despues arrojándola ya corrompida en el fondo de un hospital, presentarse indiferente, en busca de un amor fácil, ella no habia podido contenerse, y le habia matado; le habia matado, al recordar de repente tantas afrentas, al sentirse alumbrada por una horrible luz que la habia dejada ver su destino en toda su desnudez, al pálpitar en fin que se ligaban con aquel hombre sus últimos y amargos recuerdos de inocencia; le habia matado mientras estaba dormido, de un solo golpe, como por inspiracion, despues de lo cual habia ella vuelto á dormirse, porque su cólera solo existia por intervalos, y sus pasiones eran un relámpago: todo en ella estaba muerto, corazón, alma, imaginacion, virtud, pasion. Sin embargo nadie lo hubiera creído; era preciso haberla estudiado como yo para conocerla. Su voz era dulce, su aire decente; y á su espalda la pena de muerte, el cadalso, el ruido del hacha al caer, todo esto la protegía

con cierta influencia elocuente que la hubiera salvado, ¿pero cómo se hubiera nadie atrevido á interesarse por ella? Todo lo que pudieron hacer de mas humano fué tardar seis horas en deliberar antes de condenarla á muerte (1).

CAPITULO XXI.

El calabozo.

Llanto y rechinamiento de dientes.

(EVANGELIO.)

Luego que hube oido la sentencia, pensé entre mi que habia finalmente hallado la solucion del problema que buscaba; con un poco de valor todavia el horror llegaría á su colmo. Resolvi endurecerme contra el fin del drama, y asistir á la espacion de aquella vida tan desdichadamente empleada: la victima no interesaba ya en el mundo á nadie mas que á mí, quise, pues, volverla á ver, y Silvio, gracias á sus relaciones con el comisario, me introdujo en aquella vasta carcel cuyas moradoras están condenadas á galeras, verdadero suplicio bastardo tan horrible como la tortura de los presidios de Brest y de Toulon, aunque menos en evidencia que estos. Allí oí gemidos y gritos de alegría, blasfemias y oraciones, y vi rabia y lágrimas; pero todos estos hechos generales me interesaban poco por entonces; no buscaba sino una mujer, una sola; me importaba descubrir su calabozo, y le descubri: era profundamente subterráneo, y estaba en el ángulo de un patio solitario; á la boca del respiradero, un banco carcomido y cubierto de espeso musgo parecido á un hermoso tapiz verde me permitia sentarme y mirar sin ser visto, en lo interior del calabozo. Conozco aquel banco como conozco la casa paterna, y podría describirle al cabo de mil años: el tiempo y la intemperie lo habian medio destruido; á la estremidad que daba sobre el respiradero tenia una anchá abertura en medio de la cual podia acomodar mi cabeza, sin

(1) En la época á que se refiere el autor, no se habia adoptado todavia por las leyes francesas la teoria de las *circunstancias atenuantes*, cuya admision, una vez declarada hoy por el jurado, impide la aplicacion de la pena de muerte á criminales que de otro modo hubieran infaliblemente de su traida.

bacer sombra en el calabozo y sin título de ser visto. Sobre este banco pasaba yo echado días enteros; el patio, rodeado de gruesas paredes, había venido á ser una posesion mia; á fuerza de protecciones me veia hecho casi un calabozero supernumerario, y podia estudiar á mi sabor diariamente los menores movimientos de mi criativa.

Este estudio era doloroso, ¡aquellas paredes húmedas, aquella luz incierta, aquella paja á trozos, y sobre aquella paja una jóven sin otra esperanza que la imposible anulación de la sentencia por el tribunal supremo! ¿Cómo hubiera podido yo conservar mi estera á vista de un cuadro tan lamentable? Yo asistia por la mañana al despertar de la infeliz; el primer rayo de luz que daba perpendicularmente en su lecho la arrancaba al sueño; abríanse sus ojos con precipitacion y espanto, sentábase en seguida, y quedábase meditando: algun tiempo despues la veia levantarse, recoger la paja de uno y otro lado, acercarse su rancharillo á la boca, entregarse con esmero á las limpiezas de una mimosa limpieza, componerse sus largos y negros cabellos, y hacer durar todo lo posible esta diligencia importante, porque en ello ponía su alma entera, y luego que todo se había concluido, cuando ya no le quedaba que ponerse un alfiler siquiera, ni una cinta que atar, caíanse los brazos lentamente, y daba muestras de no pensar ya en nada.

Mas tarde el carcelero le llevaba pan negro, y sopa caliente en una horterá rústica en la cual nadaba una cuchara de estaño. La horterá quedaba en el suelo; la sentenciada se arrodillaba, y con la cabeza inclinada respiraba su benéfico vapor; abarcábala con las dos manos que el calor penetrante coloraba ligeramente; y luego que se había apoderado de la sopa, por medio de todos los sentidos, la devoraba en un abrir y cerrar de ojos como para indemnizarse de haber aguardado tan largo tiempo. Por la tarde se comia pausadamente su pan negro, alzando los ojos hacia el respiradero por donde la noche comenzaba á descender á las cuatro, y pensando de antemano en lo larga que había de ser aquella nueva noche, se quedaba en un éxtasis pensoso, con los ojos bañados en lágrimas, la boca llena, y dejando caer sobre el húmedo suelo el resto de su pan.

Un día que hacia calor y en que la ancha telaraña pendiente del techo brillaba con resplandores rojos y morados, mientras que el insecto gozoso recorría su alca en todos sentidos, multiplicando hasta lo infinito sus delgados hilos, la jóven cautiva se puso á cantar. Al principio tarareó su canción en voz baja, en seguida exató mas alto, y al fin la hizo con toda la fuerza de su voz: la canción era insignificante, una canción de bravura, una música productiva para un cantor de encerrada; ni son ambiguo de un organillo; pero ella daba una expresión indefinible, y yo, echado sobre mi banco recibia sus acentos temblando; era aquello en mi como la sonrisa de un jóven herido de muerte,

que debiese levantarse de nuevo y vengarse un momento despues.

Otra vez la vi alegre, riéndose á carcajadas y frotando con un pedazo de lana, con su cobertor agujereado no sé qué cosa, pero la frotaba con una perseverancia y una actividad increíbles. Tan pronto permanecía un cuarto de hora entero sin exanímarse el progreso de la frotacion, como por el contrario consideraba á cada instante el pedazo de metal; el objeto era dejarle resplandeciente y liso, arrancarle el orin que le cubría, y ella no lo lograba, se impacientaba, perdía las fuerzas, se desalentaba, volvía á la faena, hasta que de repente dió un grito de alegría. Era un boton de metal que había quitado á su carcelero, y le había puesto asaz liso y brillante para que pudiese servirle de espejo.

Al principio se sintió dichosa, ¡hacia tanto tiempo que no se había visto! Pero pronto volvió á entristecerse; ¡aquel rostro no era ya el suyo! ya no se veian ni sus ojos tan vivos, ni su blanca piel, ni sus labios de rosa; ¡ya no era ella! Un momento despues se miró de nuevo, porque había reflexionado que aquel espejo era engañoso, que aquel metal redondo alargaba su rostro, que aquella luna amarilla la robaba el color, y que aquella mala luz la hacia menos blanca; entonces se remontó á los hermosos dias de su hermosura; sus recuerdos la embellecieron nuevamente; una sonrisa hizo lo demas.

En el instante mismo en que ella se sonreía consigo propia, entró su carcelero.

CAPITULO XXII.

El Carcelero.

¡Un hombre! no sé si se le puede llamar un hombre; había nacido dentro de aquella cárcel, de la cual era su padre carcelero lo mismo que él, una muger de las galerías le había engendrado bajo el dominio de la vara, y aquel ser abortado había sin embargo nacido á tiempo asaz oportuno y con forma asaz humana para ser carcelero. Era espantoso, especialmente cuando se reía. Yo le vi hacer su declaración amorosa; primeramente se puso con prudencia al lado de la puerta y apoyado en ella, dejando en la desventurada jóven sus dos ojos desiguales, y abriendo una ancha boca cuyos gruesos labios dejaban apenas entrever los dientes agudos y negruzcos de un zorro viejo, le habló con un lenguaje imposible de entender, y le dijo por señas que antes de quince dias debían cortarle la cabeza. La seña fué horrible y muy expresiva: alzose el hombre sobre sus pies, levantó su pesada mano detrás de su cabeza, bajó su grueso cuello, é hizo la demostracion de herirse; su pecho despidió un sonido sordo muy semejante al de la cachilla que cae. Despues volvió á levantar la cabeza mostrando su larga barba, sus gruesos labios, sus dientes negros y agudos, y su descompuesta

sonrisa que habia conservado preciosamente, sin duda para evitarse la pena de comenzar otra.

La sentenciada le miraba con ojos inciertos. El se acercó á ella, la cogió una mano, la esplicó detenidamente que podía salvarse; no se lo que la dijo porque sus palabras no llegaban hasta mí, pero ella pareció consentir en todo según un gesto afirmativo que percibí, y convinieron en una hora mas favorable; entonces él quiso abrazarla, mas ella retrocedió con espanto, y él se marchó con aquella horrible sonrisa que habia estereotipado sobre su horrible rostro.

¡Ah! al ver esto tuve necesidad de llamar en mi ayuda todo mi valor. ¡En el calabozo! ¡sobre el lecho de muerte! ¡su carcelero! ¡Yo estaba loco, loco de dolor, de desesperacion, de asombro, de rabia! Creía apurados todos los flujos, y se me presentaba una mina enteramente nueva de corrupcion; creía aquella larga disolucion llegada á su fin, y comenzaba de nuevo: y ¿cuando? ¿qué día? ¿á qué hora? En aquel momento quizá, y yo estaba sobre mi banco, respirando apenas y mirando con el mayor aturdo. Aquel día vi entrar al mismo carcelero con su cara ordinaria; Enriqueta al verle se réptego al extremo de su calabozo; ademas de la comida acostumbrada, llevaba él un haz de paja de heno sin usar que estendió gravemente sobre la paja vieja, saliéndose despues impasible, y aun sin dirigir una mirada á su cautiva. Oí el sonido lejano de los cerrojos que volvian á cerrarse, y respiré con mas libertad; ¡Gracias á Dios, el día designado no era aquel!

Pero despues de un instante de calma, renació mi inquietud; ¡quizás el carcelero me habia visto! ¡quizás debia ser al día siguiente, aquella noche! ¡y era de noche ya! Atrevesé á tientas el patio; el aire estaba helado; la niebla se habia hallado aprisionada entre aquellas altas paredes y se desahacia en lluvia; el calabozo estaba oscuro; figuráos una tumba sombría y profunda, sin movimiento, sin que se pueda percibir ni aun el blanco esqueleto que la ocupa. Ya me iba á retirar, abandonando el respiradero, cuando en el fondo del calabozo creí ver y vi en efecto por el ancho agujero de la cerradura un débil rayo de luz, una cosa fosfórica, un fuego fútu aparecido durante la noche al viajero extraviado, una luciérnaga oculta debajo de una hoja de rosa. La puerta se abrió lentamente, se difundió por el calabozo el rayo de luz, y lentamente entró el carcelero, soñando con una mano las llaves para impedir el ruido, y llevando en la otra una fétida lamparilla; volvióse de repente, y vi el lecho, la paja nueva, á Enriqueta acostada y despierta..... ¡Estaba aguardando! La lamparilla quedó en el suelo, el carcelero se adelantó con paso seguro... yo quería gritar, y no podía; quería huir, y mis miembros estaban helados; quería volver la cabeza, y la tenia fija, sujeta, clavada, invenciblemente obligada á verlo todo; me sentia morir, cuando afortunadamente se apagó la lamparilla: desapareció todo, y ya no vi nada, no

vi nada ni imagine nada. ¡Dios mio! el mayor de los beneficios para el hombre es la locura ó el delirio, sin esto la desgracia le mataría.

Quince dias despues pude explicarme aquel misterio: tratábase de una gran próroga á favor de la sentenciada. Desde el día siguiente la vi inquieta, pensativa; y cuando entraron á leer su sentencia de muerte, la escuchó con sangre fría, dijo una palabra, y un instante despues llegaron dos hombres vestidos de negro, dos facultativos, uno grave, ya viejo, pensativo y cabiloso, otro jóven, risueño, indiferente; este cogía con gracia y delicadeza la mano de la sentenciada, mientras que su compañero parecia tocarla apenas, y manifestaba mas horror del que en efecto sentia. En los primeros momentos el médico viejo dijo á los alguaciles: está muger no está en cinta, que se ejecute la ley; y salióse del calabozo. Ya buscaban los soldados á Enriqueta, cuando el médico jóven llamando al viejo, gritó: esta muger está en cinta, es madre; la ley, la humanidad, todo se opone á que muera; y hablo con tanta energía, y dió tantas pruebas, que se mandó suspender el suplicio.

CAPITULO XXIII.

El hospicio de la Salliterria.

Ya mi cabeza sientese aturdiida.
Por mis dolencias y mi larga vida
PEDRO DE ROSSANO, *ada tradua, libre.*

Y ¿por qué no ha muerto ese niño? exclamé yo dirigiéndome por el paseo nuevo. ¿Por qué esa muger cercenada del número de los vivientes tenia todavia el derecho de ser madre? El nacimiento del hijo será para la madre una sentencia de muerte, un segundo tribunal supremo; la leche que debiera alimentarle correrá en vez de sangre á los golpes del escalpelo, digno objeto de burlas para nuestros anfitrionos. Diciendo esto llegaba yo á la Salliterria, poblacion entera precedida de una cupula inmensa, rodeada de vastas paredes, sembrada de pequeños jardines, asilo tan deseado de las mugeres ancianas, lugar á donde van á parar su ociosidad y sus trabajos, sus amores mercenarios ó sus cuidados maternales. Veíseles circular aun en vida al rededor de aquel asilo, las unas dichositas con poder salir de él una hora, las otras implorando el permiso de vivir en él algunos dias.

Investigaba yo dentro de mi mismo por qué fatalidad tantas mugeres llegaban al mismo fin, cuando al volver una carrera de árboles, frente por frente á una graciosa casa rodeada de un verde bosquecillo, vi á una pobre muger con dos hijos. Ella torcia cañamo para hacer cuerdas; un chico de siete á ocho años, con los pies descalzos y el caballo ensortijado, daba vueltas á la rueda; y la pobre muger andaba de espaldas, saltando de tienpo en tienpo y con una mano avara la bilza que tenia en el cintal. Estaba trabajando desde por la mañana, pero la obra adelantaba poco, porque tenia que aco-

modar sus pasos á las pocas fuerzas del obrero, mas lén que á las suyas. Por debajo de la cuerda comenzada y sobre el cesped seco que cubria la tierra dormia una niña chiquita; tenia su tierna cabeza apoyada sobre el brazo derecho, el viento levantaba ligeramente sus largos y finos cabellos que volaban á caer sobre su mequilla animandola con un suave color de rosa; su hermanito la miraba de vez en cuando, envidiandola quizá su sueño; la desgraciada madre los miraba á mas largos intervalos, pero de pronto huia de su contemplacion echándose á sí misma en cara un instante perdido.

¡Pobre niña! ¡miseria en tu cuna, y ni una cuna, ni un medio, ni un solo medio de libertarte de tu destino! ¡Feliz en demasia tú, si á los ochenta años te conceden un lugar en la Salitrería!

CAPITULO XXIV.

Una entrevista.

Luego que hubieron sacado á Enriqueta de su calabozo para encerrarla en un cuarto mas cómodo, no pudiendo ya verla, salió de mi prision voluntaria, y volví á entrar en mi vida aventurera, en la cual, para distraerme, me dediqué mas que nunca á mi estudio favorito de los pequeños acontecimientos de la vida común, espíandole, por decirlo así, á la naturaleza vulgar, y robándola mil secretos inocentes demasiado sencillos para escitar el estudio y sin embargo demasiado fértiles en emociones. De este modo me aturda á mi mismo acerca del tiempo, y olvidaba todo lo que sabia; me imaginaba que aquello era un sueño; no buscaba sino figuras risueñas, habia vuelto la primavera, con ella mis paseos solitarios. Un dia pasaba por delante de un gran patio lleno de madera, las tablas estaban cuidadosamente colocadas junto á la pared, en el fondo del patio habia un jardinito enteramente perfumado por hermosas lilas medio abiertas, varias tejas rojizas cubrian algo mas bajo que el tejado un gracioso palomar, y sobre el borde de la tabla, se paseaba arrullando orgullosamente al sol un hermoso pichon de cuello tornasolado y de pluma dorada, habia tanta limpieza, tanta elegancia y tanto gusto en el edificio, que no pude resistir al deseo de entrar en él, y echar sobre sus acesorios una larga mirada; y ya me volvia á salir pensadamente, cuando en el piso bajo y en medio de una vasta sala v. una máquina grande que no conocia. Compusase de un largo tablado de encina y rodeabala una ligera barrera por ambos lados; descansaba sobre la espalda una escalera, y en la parte anterior se alzaban dos vigas anchas y amenazadoras, cada una de las cuales tenia en medio una muesca de arriba á bajo; muy cerca del pié habia una tabla cortada en forma de collar, y esta tabla era móvil. Advertíase que la obra estaba para acabarse; un jóven, hermoso, risueño y furzudo, golpeaba con el mayor brío sobre las mal unidas piezas, y ponía las postreras cuñas á todo

ello; sobre el ultimo escalon junto al tablado habia una botella y un vaso, y de vez en cuando el jóven echaba un trago, y volvia á su trabajo en seguida cantando cualquier copla alegre.

Aquella máquina desconocida me inquietaba; aquellas dos vigas que llegaban casi al techo, aquella especie de teatro ambulante que parecia estar aguardando un telón, y al estrenio aquel ancho agujero á propósito para recibir á un apuntador, todo aquel conjunto era para mí tan extraordinario, que hubiera permanecido un dia entero en el mismo sitio, sin poderlo explicar. Mientras que inmóvil, mudo, escuchaba yo con un estremecimiento involuntario los golpes del martillo, el obrero fué interrumpido por un lindo muchacho que llegaba á venderle cordel; el vendedor era el obrerito, que habia yo visto en la Salitrería dando vueltas á la rueda, y que llevaba el trabajo de quince dias, temblando á la idea de que no se lo comprasen, segun mostraba su timidez. El carpintero le recibió como un jóven honrado, tomó la cuenta sin mirarla mucho, la pagó, y despidió al muchacho con un ruidoso beso y un vaso del buen vino que tenia al pié de la escalera. Vueltó á quedar solo, no volvió á su trabajo, sino que se puso á pasear de un extremo á otro en ademan pensativo y sin quitar los ojos de la puerta; sin dnda esperaba á alguien, ese alguien que siempre llega demasiado tarde, que siempre se va demasiado pronto, á quien se agradece que impida un dia de trabajo, y con el cual las horas son tan rápidas como el pensamiento.

Llegó al fin la persona á quien se aguardaba: una jóven hermosa y fresca, sencilla y curiosa, quedepues de saludar á su amante, se puso como yo á contemplar la máquina. Yo no oia una palabra de la conversacion pero debia ser viva é interesante; al fin el jóven se puso serio, é hizo una seña á la muchacha como para invitarla á que representase su papel sobre aquel teatro; ella no quiso al principio, despues se hizo menos de rogar, y por último consintió en todo; entonces su amable futuro, tomando un ademan grave y serio, le ató las manos á las espaldas con el cordel vendido por el muchacho, y la sostuvo para subir al tablado; llegada á lo alto del mismo, atala él á la tabla móvil, de manera que en un extremo de esta tocaba el pecho de la jóven, mientras que sus piés quedáron también atados al otro extremo; entonces comencé yo á comprender, y tenía miedo de comprender enteramente, cuando de improviso la tabla se baja horizontalmente entre las dos vigas, el carpintero se planta de un brinco en el suelo, sus dos manos sujetan el cuello de su amada, y aprovechándose de su ventajosa posicion, pasa su cabeza por debajo de la cabeza femenina que miraba á tierra, y comienza á acariciarla. Por mas que ella queria defenderse, ni aun moverse podia, porque estaba tan inevitablemente sujeta á la tabla; entonces comprendí perfectamente para qué podia servir aquella máquina.

CAPITULO XXV.

13. *Visita a un reo de muerte.*

Nada hay muerto debajo del sol.
PROVERBIO.

Un ligero golpe en el hombro me sacó de mi horrible contemplación; y volvíme con espanto como si hubiese temido encontrar detrás de mí al hombre para quien trabajaba el carpintero, y solo vi el rostro blando y triste de Silvio que mostraba compadecerme y lastimarse de mí.—Ven, amigo mío, dije a Silvio con la sonrisa de un insensato, ven a ver esta máquina, y ese solaz de la juventud; ¿crees tú que sobre esas tablas tan bien acopiadas pueda sentirse el dolor? Yo no lo creo.—Y para persuadir mejor a Silvio, me puse a contarle la historia del aborrecido; Silvio, sin dejar de escucharme, me sacó al campo, y cuando creyó que estábamos a bastante distancia de aquella casa cuya apariencia era tan bella, me dijo:

—Temo mucho, pobre amigo mío, que nos suceda siempre en tales desgracias lo que tú dices.—Al mismo tiempo sacó de su bolsillo uno de esos grandes diarios americanos, cuyo número y cuya importancia son todavía para nosotros poderoso motivo de asombro, y viéndome en disposición de escucharle, me leyó lentamente la historia que sigue de las últimas sensaciones de un reo de muerte; bien que, como después he sabido, para no abrumarme a fuerza de dolor, el lector había pasado en silencio la última entrevista del reo con Sofía Clara, joven a quien amaba con pasión.

«Eran las cuatro de la tarde cuando Isabel se separó de mí, y luego que hubo partido, me pareció que había terminado cuanto tenía yo que hacer en este mundo. Hubiera podido con razón desear la muerte allí mismo y en aquel mismo instante, porque había ya ejecutado la última acción de mi vida y la más amarga de todas. A medida que llegaba el crepúsculo, mi encierro se ponía más frío y más húmedo; la tarde era sombría y nebulosa; y no había tanta fuego ni luz, aunque estábamos en el mes de enero, ni mantas bastantes para abrigarme; mi espíritu se debilitó por grados; mi corazón se abatió bajo el peso de la miseria y de la desolación de cuanto me rodeaba; y poco a poco (porque lo que escribo ahora no debe ser sino la verdad) la idea de Isabel y de lo que sería de ella comenzó a ceder delante del sentimiento de mi propia situación. Esta fue la primera vez (ignoro la causa de ello) que mi espíritu comprendió enteramente la pena que debía yo sufrir a las pocas horas; y al reflexionar sobre el trance apotérose de mí un terror horrible, como si hasta entonces no hubiese sabido real y seriamente que debía morir.

«Ya había veinte y cuatro horas que no había co-

mido nada, y sin embargo tenía delante de mí la comida de un hombre piadoso que me había asistido, y que me la había enviado de su propia mesa, pero no podía probarla, y cuando la miraba se apoderaban de mi pensamientos extraños. Aquella comida era delicada, no como la que se da a los presos, y se me había enviado porque al día siguiente debía morir; y pensé en los animales del campo y en los pájaros del aire que se engorran para matarlos. Conoci que mis pensamientos no eran los que hubieran debido ser en momentos semejantes, y creo que mi cabeza se trastornó. Una especie de zumbido sordo, semejante al de las abejas, resonaba en mis oídos sin poder libertarme de él, y bien que hubiese ya cerrado la noche, corrían delante de mis ojos en todos sentidos luminosas centellas, y no podía acordarme de nada. Probé a rezar mis oraciones, pero no pude recordar sino tal ó cual trozo; me parecía que mis palabras eran otras tantas blasfemias; no sé lo que eran, mas es imposible analizar lo que dije entonces.

«Pero de repente me pareció que todo aquel terror era vano é inútil, y que yo no aguardaría allí para perder la vida: y de un salto me puse en pie, me lancé a la reja de la ventana del calabozo, y me así de sus hierros con tal fuerza que los torcí, por que sentí en mi lapizanja del león. Recorrí con mis manos cada una de las partes de la cerradura de mi puerta, y me puse a empujarla con los hombros, bien que supiese estaba guarnecida de hierro y que era más pesada que la de una iglesia: tanteé por todas partes las paredes, hasta el último rincón del calabozo, aunque perfectamente instruido, si hubiera estado en mí, de que aquellas eran de piedra maciza, de tres pies de grueso, y de que aun cuando hubiese podido pasar por una rendija más pequeña que el ojo de una aguja, no tenía la menor esperanza de salvación. En medio de todos estos esfuerzos, se apoderó de mí una debilidad tal como si hubiese tomado veneno, y no me quedaron fuerzas sino para volverme con paso vacilante al puesto que ocupaba mi cama. En ella caí, y creo que me desmayé; pero esto no fué largo, porque mi cabeza daba vueltas y el cuarto también. Y soñé entre dormido y despierto, que era media noche, que Isabel había vuelto, como si me lo hubiese así prometido, y que no la dejaban entrar: me parecía que caía una nieve espesa, que las calles estaban cubiertas de ella como de una sábana blanca, y que veía a Isabel muerta, tendida sobre la nieve en medio de las tinieblas, a la puerta misma de la cárcel. Cuando volví en mí, estuve forcejando sin poder respirar: al cabo de uno ó dos minutos oír el reloj del Santo Sepulcro dar las diez, y conocer que había estado soñando.

«El capellan de la cárcel entró sin que yo le hubiese enviado a buscar; y me exhortó solemnemente a no pensar más en las penas de este mundo, a dirigir mis pensamientos hacia el mundo futuro, y a tratar de reconciliar mi alma con el cielo, con la esperanza de que mis pecados, aunque grandes me

serian perdonados, si me arrepentía. Luego que se marchó, senti en mí durante unos instantes algún mayor recogimiento; me senté de nuevo sobre la cama, y me esforzé con seriedad por departir conmigo mismo y prepararme á mi suerte. Reflexioné que de todos modos no me quedaban mas que pocas horas de vida, que en la tierra no había ya esperanzas para mí, y que al menos era preciso morir dignamente y como hombre. Entonces traté de recordar todo lo que había oído decir sobre la muerte de horca,—que no era mas que la angustia de un momento,—que causaba poco ó ningun dolor,—que quitaba la vida al instante,—y de aquí la cabeza comenzó á divagar de nuevo y á estraviarse, otra vez me llevaba las manos á la garganta, y la apretaba fuertemente como para ensayar la sensación de la estrangulación: en seguida me tentaba los brazos por el sitio á donde debía atarse la cuerda; sentíala pasar y volver á pasar hasta quedar sólidamente anudada; me sentía atar las dos manos juntas; pero lo que mas horror me daba era la idea de sentir el gorro blanco cubriendo mis ojos y mi cara. Si hubiese podido evitar esto, lo demás no era tan horrible. En medio de tales ideas, acometió poco á poco á mis miembros un entorpecimiento general; al atardimiento anteriormente sufrido siguió un estupor pesado que disminuía el padecimiento causado por mis ideas, aunque todavía seguía pensando: el reloj de la Iglesia dió las doce; sentía yo el sonido, pero este llegaba á mí indistintamente, como al traves de muchas puertas cerradas ó de una grande distancia: poco á poco los objetos que vagaban por mi memoria se fueron presentando sucesivamente menos distintos, después no los ví sino parcialmente, después desaparecieron del todo. Me dormí.

Dormí hasta la hora que debía preceder á la ejecución. Eran las siete de la mañana, cuando un golpe que dieron á la puerta de mi calabozo, me despertó: yo oí el ruido, como entre sueños, algunos segundos antes de estar completamente despierto, y mi primera sensación no fué mas que la del enfado de un hombre fatigado á quien se despierta sobresaltadamente; yo estaba cansado, y quería dormir mas. Un minuto después descorrieron los cerrojos de mi puerta, y entró el calabocero con una lámparilla, seguidó del guardián de la prisión y del capellan. Alcé yo la cabeza, y un estremecimiento semejante á un choque eléctrico, á una zambullida en un baño helado, recorrió todo mi cuerpo: una ojeada me habia bastado; el sueño se habia alejado de mí, como si jamás hubiese dormido, como si jamás debiese dormir otra vez: conocí mi situación. «R..... me dijo el guardián en voz baja pero firme, ya es hora de que os levanteis.» El capellan me preguntó cómo habia pasado la noche, y me propuso que aniese mis oraciones á las suyas: me recogí dentro de mí mismo, y me quedé sentado sobre el borde de la cama: mis dientes castañefaban y mis rodillas daban una con otra á pe-

sar mí. Todavía no estaba clara la mañana, y como la puerta del calabozo se hallaba abierta, yo podía ver el pequeño patio empedrado, cuya atmósfera era espesa y sombría, y sobre él cual caía una lluvia lenta pero continua. «Son las siete y media dadas, R.....» dijo el guardián de la prisión; y yo reuní mis fuerzas para pedir que me dejaran solo hasta el último momento. Me quedaban treinta minutos de vida.

Traté de decir otra cosa al guardián cuando iba á salirse del calabozo, pero esta vez no pude hacer salir las palabras; mi lengua se pegó al paladar; mi facultad de hablar habia desaparecido; hice dos violentos esfuerzos sin resultado; no podía pronunciar. Cuando se fueron permanecí en el mismo sitio sobre la cama. Me sentía entumecido por el frío, probablemente por el sudor y por el mucho aire que contra la costumbre habia penetrado en mi calabozo; y me hice un ovillo, por decirlo así, á fin de estar mas caliente, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza caída y tamblando todos mis miembros. Mi cuerpo me parecia un peso insupportable que no me hallaba en estado de levantar ni de mover. El día iba aclarando por gradas, aunque opaco y macilento, y la luz iba penetrando del mismo modo en mi calabozo, mostrándome las paredes húmedas y el suelo negro; y por mas extraño que parezca, yo no podia menos de notar ciertas cosas pueriles, aunque un instante después me aguardaba la muerte. Yo paré la atención en la lámparilla que el calabocero habia dejado en el suelo, y que ardía con mucha sombra á causa de una larga torcida apretada y como ahogada por el aire frío y malsano, y aun observé que no le habian echado aceite desde la noche anterior. Yo miré con detención la cama de hierro desnuda y fría sobre que estaba sentado, las enormes caberas de los clavos que guarnecian la puerta del calabozo, y las palabras escritas en las paredes por otros presos. Yo me tomé el pulso, y estaba tan débil que apenas podia contar sus golpes. Me era imposible, apesar de todos mis esfuerzos, reconcentrar mi atención á la idea de que iba á morir. En medio de esta ansiedad, oí la campana de la capilla que comenzaba á dar la hora, y yo decía entre mí: «Señor, tened piedad de mí, desventurado! ¡por que pensaba que todavía no podian ser las tres cuartas después de las siete!... El reloj dió los tres cuartos, dió un cuarto mas, dió las ocho.

Ya estaban dentro de mi calabozo, y aun no los habia yo visto; y me volvieron á encontrar en el mismo sitio y en la misma postura en que me habian dejado.

Lo que me queda por decir ocupará poco espacio: hasta el momento indicado mis recuerdos son muy exactos, pero no son ni con mucho tan claros respecto de los momentos siguientes: recuerdo muy bien sin embargo la manera con que salí de mi calabozo para pasar á la sala grande: sosteníame dos hombres pequeños, arrugados, vestidos de negro; sé que traté de levantarme cuando vi entrar

al guardián de la prisión con su gente, pero no pude.

Ya se hallaban en la sala grande los dos desgraciados que debían sufrir su pena conmigo; tenían atados los brazos y las manos á las espaldas, y estaban echados sobre un banco aguardando que ya estuviese preparado. Un viejo flaco, con cabellos blancos y claros estaba leyendo en alta voz al lado de uno de ellos; vino á mí y me dijo una cosa... que debiéramos abrazarnos, á lo que creo, porque no le oí distintamente.

(Se continuará.)

VISTA DE LA TORRE DE PORCELANA

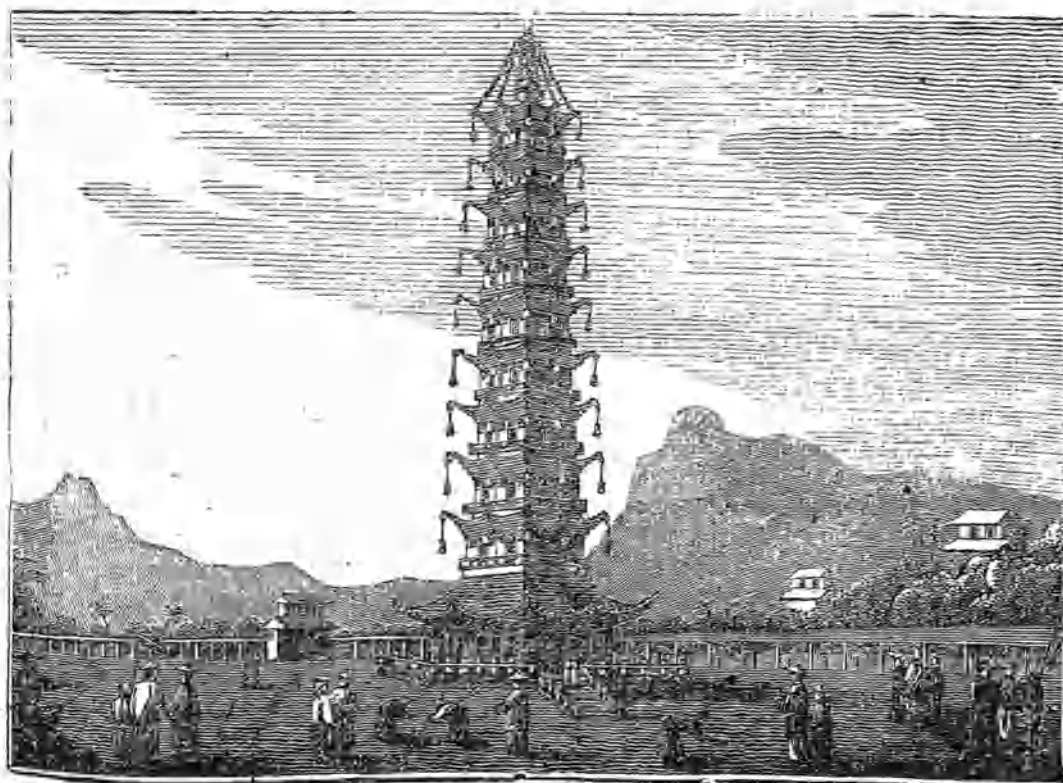
DE NAN-KING.

En el centro de la villa de Nan-King se eleva una torre de singular construcción que es la admiración de los viajeros.— Está cubierta de porcelana; tiene ciento veinte pies de altura, y se compone de nueve cuerpos á los que se llega por una escalera compuesta de ciento ochenta y cuatro es-

calones de una gran dimensión. Cada piso ó cuerpo es una galería rodeada de una columnata y cubierta con un techo inclinado de construcción chinesca, á los ángulos de los cuales tienen suspendidas campanillas de bronce que despiden armoniosos ecos de un efecto sorprendente cuando las agita el viento.

Hacen mas pitoresco su aspecto los brillantes colores que la esmaltan, y el chapitel de madera, que dicen los chinos está cubierto con una plancha de oro. Desde lo alto de este monumento se divisa no solo la inmensa extensión de Nan-King, sino también la vasta campiña que la circunda. La vista de esta magnífica ciudad, del variado y fértil paisaje que bañan el río amenorándole con los caprichosos surcos de su corriente y las inmensas sinuosidades que forma, presentan uno de los mas bellos espectáculos que puede ofrecerse á los ojos del extranjero.

El origen de esta torre es desconocido. Unos pretenden ver en ella un monumento piadoso; otros un monumento para recuerdo de las victorias conseguidas por los chinos sobre los tártaros hace siete siglos. Pero lo que hay de positivo es que estos últimos la respetaron cuando la devastacion de Nan-King en su última irrupción.



Torre de porcelana en Nan-King.

BIBLIOTECA

POPULAR ECONOMICA.

Terminada la reparticion en Madrid y en provincia del tomo 4.º de la **Revolucion francesa**, por Thiers y 3.º de los **Misterios de Paris**, está en prensa el 4.º y último de esta obra y el 5.º de la **Revolucion**, que constará, según ya se ha dicho, de seis tomos con inclusion de las notas. Va tan despacio la publicacion en Paris de la **Historia del Consulado y del Imperio**, del mismo autor, que nos vemos imposibilitados de poderla dar despues, como quisiéramos, sopena de tenerla que interrumpir por un tiempo indeterminado. Para evitar este inconveniente daremos entre tanto el **Manual de Historia Sagrada**, que forma parte de la preciosa coleccion de manuales que sobre todos los ramos de historia hemos ofrecido. La extraordinaria aceptacion que han tenido los dos **Manuales de Historia Romana** y de **Mitología** que van publicados, nos han convencido de la importancia que el público dá á esta clase de libros tan útiles, tan necesarios y que tanto escasean entre nosotros: la **Historia Sagrada** que ofrecemos está escrita igualmente con tal claridad y exactitud, de un modo tan nuevo é interesante que no tememos asegurar que hallarán gusto en leerla aun aquellas personas menos aficionadas á esta clase de producciones: tiene la ventaja ademas de estar reducida á un solo volumen de la **Biblioteca**, de modo que su adquisicion costará una friolera á los suscritores. Habiéndose de publicar mas adelante los manuales de **Historia Antigua**, **Historia de la Edad Media**, é **Historia Moderna**, según lo prometido, no podíamos dispensarnos de dar la preferencia á la **Historia Sagrada** como se la hemos dado á la **Romana** y á la **Mitología**, pues así es mas fácil la inteligencia de las demas.

Para la segunda seccion habiamos ofrecido despues de los **Misterios de Paris** el **Guzman de Alfarache**; pero varias personas nos han manifestado que seria mas del gusto de los suscritores alguna obra moderna, y nosotros que en este particular no tenemos otro deseo, ni otro interés, que el de complacer á los que nos favorecen, nos hemos decidido por las **Aventuras de Nigel**, novela de Walter Scott, buena como todas las de tan célebre autor, y que tiene la ventaja de no haberse traducido ni ser conocida en España. Constará de dos tomos poco voluminosos que podrán costar de ocho á diez rs. á los suscritores.

Al empezar estas obras estrenaremos una magnífica fundicion, con la cual y el papel, que es en el dia y será siempre esquisito, nuestra **Biblioteca** nada dejará que desear en elegancia, como nada deja ya que desear en baratura. Mucho antes que estas obras concluyan, daremos un nuevo prospecto que espresará las que han de seguirles, las mejoras que sin alterar las bases ni el precio de suscripcion nos proponemos llevar á cabo para dar mayor importancia y mas interés á la **Biblioteca**, el regalo que por Navidad recibirán todos los suscritores constantes á una ú otra seccion, regalo que será una verdadera novedad porque no ha de parecerse en nada á los distribuidos hasta ahora, y las demas ventajas en fin, que obtendrán los que con su constante auxilio contribuyen al mantenimiento de la empresa y nos facilitan los medios de poderles manifestar nuestro reconocimiento.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,

DE DON P. DE P. MELLADO.—EDITOR,

calle del Sordo, núm. 41.